

Guillermo de Torre

Diálogo inocente o la irrisión de los nacionalismos literarios



A no podrá usted disparar más ironías solapadas contra América. Se acabaron los sofismas venenosos como aquellos de que nos quiso hacer víctimas no ha mucho el siempre renegado Papini.

—Ya le dimos todos su merecido entonces, pero ahora no veo donde quiere usted ir a parar...

—Sí; ese premio Nobel último concedido a Eliot, como el de hace dos años a Gabriela Mistral, demuestra que nuestro continente da a luz valores de calidad que pueden medirse hombro a hombro con los europeos.

—Ciertas perplejidades subsistirán, pero el argumento de usted no es nuevo. Pudo ser esgrimido mucho antes. Recuerde que Sinclair Lewis y Pearl Buck y Eugene O'Neill también fueron favorecidos por esa rueda de la fortuna sueca.

—Sí, pero no significó lo mismo.

—No veo la diferencia.

—Yo, sí. Cuando hablo ahora de valores de calidad me refiero a los minoritarios, a los exquisitos, a aquellos que parecían ser sólo productos de las viejas culturas. Pues no olvidará usted que Eliot, poéticamente, está en el mismo plano de un Yeats, un Paul Valéry, un Stefan George, un Rilke, un Juan Ramón Jiménez.

—En el mismo plano y en el mismo ámbito geográfico y cultural. La prueba es que este premio Nobel no ha sido otorgado al nativo de Missouri, sino al ciudadano inglés; no al yanqui espeso, sino al expatriado disconforme, al poeta que se amamantó en Laforgue, al neoclasicista, al hombre católico anglicano en religión, monárquico en política, conservador en lo social, como él mismo se define.

—No es cierto. Eliot sigue figurando en todas las antologías poéticas norteamericanas.

—Y también en las inglesas.

—Bueno, aceptemos esa dualidad nacional: es el hombre que gana apuntando a dos mesas.

—¿Y no cree usted que ésta es una buena manera de ganar para los americanos del norte y del sur? Sobrepasar fronteras y mares, vencer el «handicap» de las nacionalidades asfixiantes. Es el caso de otros americanos que deben más a su lengua adoptiva—Julien Green, a la francesa—o a sus raíces espirituales—como Satayana a las españolas—que a su país.

—No veo clara su argumentación. La historia literaria está llena, por lo demás, de casos semejantes.

—Sí, pero parecería que los empecinados en ciertos nacionalismos carcelarios los hubieran olvidado.

—¡Cuidado! El sentimiento nacional, siempre que no degenera en un «ista» tendencioso, es uno de los motores más poderosos de los países que se están haciendo intelectualmente.

—Usted lo ha dicho: siempre que no degenera. De lo contrario es más bien su máscara de asfixia.

—Veo que usted tiende a negarlo...

—Al contrario, a respetarlo; pero sin necesidad de que se invoque a cada momento como disfraz de tantos productos mediocres. Esas apelaciones constantes cobran en ciertos medios un aire escolar, un tonillo pedagógico y pedantesco, cuando no agresivo y chovinista, quizá para despistar ciertos complejos que en ellos se padecen.

—No saque usted las cosas de quicio.

—Lo que quería decirle es que los países de tradición marcada están libres de esas preocupaciones monopolizadoras y no creen en sus sofismas.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—Muchos. Fíjese usted en el caso de la nación más tachada de insularismo—y no sólo en lo geográfico— de Inglaterra. Le importan un ardite esas cosas. ¿Adónde fué a encontrar Inglaterra uno de sus primeros novelistas? A Polonia, en la persona de Feodor Józef Korzeniowski. ¿Y Alemania, uno de sus primeros y más deliciosos románticos? A Francia, en el hijo de unos nobles emigrados de la Revolución,

Adelbert von Chamisso. ¿Y ese mismo, riquísimo, pero pavoroso país, algunos de sus mayores escritores últimos: Rainer María Rilke, Franz Kafka, Franz Werfel, Gustav Meyrink? A Praga.

—No olvide usted entonces el caso de doña Cecilia Boehl de Faber, una alemana con todo el acento, que creó no obstante y en realidad, la novela española—antes de Galdós—en el siglo XIX, bajo el pseudónimo de Fernán Caballero.

—Ya en ese terreno, acordémonos de que también se da el caso inverso. El idioma algunas veces no es lo fundamental para definir el tono espiritual de un escritor. Charles de Coster escribió en francés, pero la *Leyenda de Ulenspiegel* es una obra más flamenca que belga. A nadie se le ha ocurrido considerar a Leibniz como un filósofo francés, aunque sus obras más importantes estén escritas en ese idioma.

—Luego ¿en qué quedamos? Por momentos parece adoptar un punto de vista rabiosamente antinacionalista; otros se atienen al «*jus solis*»...

—Quedamos en que, literariamente, todo afán nacional exclusivista y excluyente es absurdo. Intelectualmente se puede pertenecer a más de una nación, a más de una patria, simultáneamente.

—Me parece haber leído el argumento en esa revista nueva que me prestó usted el otro día.

—Sí, y que usted me ha devuelto milagrosamente... Pero sin ironías: aquí está; es *La Table Ronde*, de París, su número 6, y es un artículo de un ruso,

Vladimir Weidlé, titulado «La unidad intelectual de Europa». Está subrayado el párrafo que nos importa. «Ni la nacionalidad (en el sentido político de la palabra), ni la comunidad de lengua (que el Tercer Reich se aprestaba a amonedar políticamente) son principios absolutos de unidad nacional; ésta es multiforme; se deja interpenetrar de varias formas y comporta un margen de inexactitud».

—También yo me fijé en esas frases. Pero puse al margen, con lápiz, ese signo de interrogación que usted habrá observado. Pensé entonces, y le digo ahora, que ese punto de vista será válido para lo europeo, mas no para lo nuestro, para lo americano. En este continente, difícilmente podremos aceptar esas dualidades y escapatorias. Necesitamos que no se nos escape lo nuestro.

—¿Lo nuestro? ¿Qué es «lo nuestro»? ¿Volvemos a las andadas? ¿Todavía no se dió usted por convencido? ¿Cree de veras que podemos reclamar de modo absoluto muchos valores de primer plano?

—Tantos, o casi tantos, como los europeos.

—¡Qué candidez!

—¡Qué insolencia!

—Calma. Escúcheme un momento. Vamos a ver lo que usted llama «lo nuestro» y que es más bien «lo suyo», lo de algunos con quienes no quiero confundirle; tan «propio» que no tiene participación racional posible.

—Yo no soy un fanático.

—Es usted un hombre de buena fe. De otra forma

no seguiríamos hablando. Pero repito: calma. Y contésteme a algunas preguntas. ¿Quién es, por ejemplo, el primer escritor argentino?

—¿Va usted a examinarme tardíamente...? Cualquier manual se lo dirá: Ruy Díaz de Guzmán.

—No; fíjese usted; no pregunto por el primer escritor argentino cronológicamente...

—Sarmiento.

—Tampoco. Sarmiento tiene otras dimensiones que las de un puro escritor. Aclararé: pregunto por el primer escritor argentino en cuanto a pensamiento metódico, perfección técnica, dominio idiomático del castellano...

—¡Ah, ya caigo! Pablo Groussac, de quien algunos vinieron a enterarse no ha mucho con motivo del centenario de su nacimiento.

—Sí. Paul Groussac, un francés. ¿Y el primer novelista argentino?

—Ahora ya sé cómo responderle: Guillermo Enrique Hudson.

—Sí, un inglés, Hudson. Pero dígalo usted y escríbalo como él lo escribió siempre en las cubiertas de sus libros: William Henry Hudson, ya que la mínima prueba de respeto que debemos a un escritor es respetar, no alterar, la unicidad de su nombre. Pero sigamos: ¿Y el primer cuentista argentino?...

—Horacio Quiroga, un uruguayo.

—Claro, como también se puede decir que el primer dramaturgo argentino es otro uruguayo, Florencio

Sánchez. Pero esta manera de señalar tiene una réplica fácil. También yo podría alegarle que el primer poeta uruguayo es un francés, Jules Supervielle.

—Pero Supervielle ha nacido en Montevideo.

—Lo que no le impide ser menos escritor francés que los otros dos del díptico precursor: Lautréamont y Laforgue, también nacidos en la banda oriental rioplatense.

—Magnífica banda. Pero es usted quien se va pasando a mi bando. Claro que vistas así las cosas yo podría redargüirle que el primer poeta francés (uno de los primeros, para que no se ofendan los manes del tabú galo, Hugo) y desde luego el parnasiano capital es un cubano, José María de Heredia.

—No seré yo quien se lo discuta.

—Y es más, agregaría que el primer simbolista francés, el verdadero inventor del «vers libre», el que zanja las disputas entre los defensores de Rimbaud, los de Laforgue, los de Gustave Kahn, los de Marie Krysinska—pues a todos estos se atribuye tal innovación—es Nicanor de la Roca Vergalo, un peruano.

—No lo sabía.

—Naturalmente, como que nadie se cuida de recordarlo.

—Son minucias de la pequeña historia literaria.

—Con influencia a veces en la grande. En cambio, sí habrá usted leído muchas veces el caso de otros «poetas franceses» de ayer y de hoy: Stuart Merrill, Viélé-Griffin, norteamericanos; Moréas, griego; Apo-

llinaire, polaco-romano; Milosz, lituano; Tzara, rumano... qué se yo. La lista es muy larga. Por el momento termina en Isou, el rumano fundador del «letrismo».

—En ese caso ¿por qué no agrega usted los nombres de Poe y de Whitman, verdaderos padres en lo que a la renovación de la poesía francesa fin de siglo se refiere...?

—Eso ya es otra cosa: es cuestión de influencias, no de nacionalidades o adopciones. Pero siguiendo esa pista, y si pasáramos a la pintura, las restas que habrían de hacerse al anexionismo francés son todavía mayores. Dígame, si no ¿cuál es el primer pintor francés del día, desde hace ya cerca de medio siglo?

—Sí, ya veo, Pablo Ruiz Picasso (dicho como a usted le gusta y no convertido en «Picassó»), un español.

—Y no es el único caso. Piense usted en los nombres que forman realmente la llamada «Ecole de París»: Paul Klee, Max Ernst, alemanes; Modigliani, Chirico, Severini, italianos; Juan Gris, María Blanchard, Dalí, Miró, españoles; Chagall, ruso; Kisling, polaco; Pascin, de no recuerdo dónde... Y lo mismo sucede con los escultores: Lipchitz, Zadkine, Archipenko, Manolo, Gargallo...

—Desde luego, ahí sería el cuento de nunca acabar. Pero también pudieran replicarle—extendiendo los ejemplos a otros siglos—que el primer pintor español fué Domenico Theotocópulis, un griego.

—Y les daría la razón.

—... Que el primer dramaturgo del siglo XVII fué Ruiz de Alarcón, un mexicano.

—Existía Lope para discutir esa primacía (aunque Alarcón tenga más finura), y además no olvide usted que España no acababa entonces en los Pirineos y que México era tan provincia española como Valladolid. Pero no importa, le doy la razón, siempre que usted me la devuelva...

—¿Cuál? Yo no le he quitado ninguna.

—Me pareció al comienzo...

—No; yo sé tan bien como usted que los préstamos, entre países, de pequeños y grandes artistas, los intercambios, son enormes...

—Luego, insistiendo en mi tesis, ¿no le parece pueril que nadie se divierta en alardear de nacionalismos...? En América, sobre todo. Y no sólo respecto a los europeos, sino a los mismos americanos. Esto se veía bien en el siglo pasado, cuando las fronteras eran más elásticas y existía un comienzo de conciencia total americana, hoy tan resquebrajada. ¿Dónde hace su obra un venezolano, Andrés Bello? En Chile. ¿Y un portorriqueño, Hostos? En Santo Domingo. ¿Y un Sarmiento, argentino, gran parte de la suya? En Chile. ¿Y un Rubén Darío, nicaragüense?

—En París...

—No sea usted ingenuo. En París le ignoraron tan concienzudamente como le admiraron y le siguieron en Madrid; además, donde recibió su impulso decisivo

fué en Chile y donde se redondeó mentalmente fué en Buenos Aires.

—¿Y qué le dejamos entonces a Nicaragua?

—Eso, simplemente: un nombre, un punto de partida y una fecha. Lo mismo que, salvando distancias, le ha quedado a Suiza con el ginebrino Rousseau, incorporado de hecho a la literatura francesa, o, más modestamente, a Conrad Ferdinand Meyer, nacido en Zurich, pero que pertenece a la literatura alemana.

—¿Luego, quiere usted llegar a la conclusión de que no hay fronteras?

—Más bien a que éstas son y deben ser elásticas: trampolines y no rejas. Los nombres que más nos importan siempre las trascienden.

—Pero ¿y el fondo histórico propio, el humus natal...?

—Ese lo llevan siempre adherido, de manera más firme cuanto menos ostentosa, los grandes espíritus a donde quiera que se transporten. Recuerde usted los casos de...

—Basta. No me abrume otra vez con su erudición rebuscada.

—¿De veras? Yo creí que estaba diciendo cosas bastante sabidas. Y además usted también usa y abusa de los nombres propios.

—¡Los nombres, los hombres! Eso es lo importante y no los países que los prohijan u olvidan.